

cionales son consolidadas por la literatura culta escrita, que obliga a codificarlas. Tardíamente, la adoptan los gobiernos (recordar el ejemplo de Alfonso X de Castilla, que escribía en gallego sus cantigas y en castellano sus prosas, incluidas sus leyes).

17.º) La catedral gótica personifica la ideología de la belleza medieval como «esplendor de la verdad», como forma de saber. Umbral entre lo natural y lo celestial, la catedral instala lo sobrenatural en lo cotidiano, albergando en su interior a toda la población de la ciudad que, por medio del dinero o de los gremios, ha participado en su construcción. Arquitectura y música, hijas del número (que tanto importa en la baja Edad Media, como se vio y verá) intentan conformar imágenes de la armonía universal, según la vieja construcción platónica y pitagórica, recuperada por San Agustín. Todas las cosas se parecen por haber sido creadas por un mismo Dios: el sistema de los objetos se reconoce en Dios, en él halla su aire de familia y través de él hace pasar sus correspondencias, como nudo necesario de todos los hilos del tejido del mundo.

La catedral, por otra parte, se relaciona con la expansión de las culturas protonacionales, de las que participa el romance. En el caso francés, se advierte que la catedral es coetánea con la monarquía de los Capetos y que el gótico y los cantares de gesta provienen de la abadía de Saint-Denis, convertida en santuario nacional francés por decisión regia (cf. Viollet-le-Duc y Joseph Bédier).

En el quiasmo de las naves con el crucero se simboliza el cruce de los elementos contrarios que animan dialécticamente la creación. Cristo es la piedra angular que sostiene y equilibra ambos muros, como el paso al límite de un mundo al otro. La luz, que viene de las altas vidrieras, ilustra la metafísica de la claridad que pasa por los neoplatónicos medievales a partir de su fuente en Dionisio Areopagita.

18.º) Frente a una realidad adversa, el arte cortesano idealiza el pasado, en tanto el arte plebeyo celebra la actualidad (poesía trovadoresca, poesía goliárdica). Exaltación fabulada de los ideales caballerescos pretéritos, la novela de caballerías envuelve al viejo paradigma clásico con los valores de una aristocracia guerrera que decae ante el ascenso del Estado central y la burguesía. Es una forma de impregnar de prestigios arrastrados por los siglos a la ideología de las nuevas clases poderosas.

La poesía trovadoresca consagra la imagen del amor cortés, cuyo nacimiento sitúa Rougemont en el siglo XII. Dicotomía matrimonio-amor, en que el primero es una mera alianza económica para ensanchar los patrimonios inmobiliarios y el segundo, un género literario que pasa por la lejanía de la amada, eventualmente rota por el adulterio. El arte celebra el mal y se opone a la institucionalización de las relaciones eróticas. Otro ideal anacrónico es el de la fidelidad del vasallo al señor, que se transporta, en el amor cortés, a la sumisión servil del caballero a su dama, convertida en amo y masculinizada como *donnoi*, *domnei* o *midons*.

Con su habitual enmascaramiento de esoterismo y heterodoxia, el arte cortés-caballeresco introduce la noción mágica del amor, una suerte de posesión que despersonaliza a los amantes y que los libera de las consecuencias morales de sus actos. El amor es el arrebató y es la reunión de las partes dispersas de un sujeto superior, hipotático, a través de la individualidad de los amantes.

El morir de amor es, precisamente, el perecer como sujeto ante la instancia super-subjetiva del Eros. Los amantes del amor cortés buscan el sufrimiento de la privación

como manera de aniquilar la pasión que los aniquila y salvarse como sujetos, a la vez que aman al huésped desconocido (el Amor) como si fuera un extraño, aunque habite la propia interioridad. Los amantes no buscan la unión del coito o el matrimonio, sino la disolución, o sea la muerte. Por ello, mientras viven, los amantes están insatisfechos, en tanto el objeto de su amor, la muerte, es infinito, y no hay acto de amor que le sea coextensivo.

Rougemont señala la sugestiva contemporaneidad de la herejía cátara y la literatura del amor cortés en el mismo espacio geográfico: el siglo XII en la Francia meridional. Luego, en el XIII, la caballería errante de la orden franciscana dispersa esta ideología por Italia.

19.º) El siglo XII da lugar, a su vez, a un pleno auge de la idea cristiana de progreso. Con motivaciones religiosas, se realizan conquistas en el campo de la óptica newtoniana (Robert Grosseteste, Roger Bacon y Teodorico de Friburgo). La preocupación por el futuro hace nacer los primeros intentos de pronosticar científicamente el porvenir.

La conciencia histórica (el hombre es consciente de que la historia existe) supone el desarrollo orgánico de ciertas potencialidades «naturales» de la Creación: la historia fue peor de lo que es, el porvenir evitará nuestros errores hasta pulir el cauce histórico y llegar a la perfección (cf. los progresistas agustinianos como Próspero, Juan Escoto y Otón de Freising). La historia, conforme el dicho de San Buenaventura, es el camino de perfección de lo creado, estando ya en la mente de Dios la idea de dicha plenitud. Así el hombre actual se sube como un enano al gigante del pasado, con su tesoro de experiencias, y otea el futuro. La verdad es una hija del tiempo. Éste, a su vez, se desacraliza y se mide en multitud de convenciones sociales vinculadas al comercio (plazos de los contratos, préstamos, operaciones a término). Empiezan a abundar los relojes, primero en los edificios y, más tarde, en los bolsillos de las ropas burguesas.

Paralelamente, para dar cuenta de estos hechos, se crea el género historiográfico, que se alimenta del romance y viceversa, mezclando sus discursos con frecuencia (siglos XI y XII). Hay cierto optimismo, es decir confianza en lo que trae el tiempo y pululan las leyendas sobre viajes a las Islas Bienaventuradas, donde nada falta y nadie muere. Santo Tomás se maravilla ante la correspondencia prodigiosa entre todas las cosas.

El futuro no sólo puede preverse, sino que puede producirse, es el resultado de la praxis humana. Por esto, el Concilio de Letrán condena en 1215 a Joaquín del Fiore. El presente empieza a ser criticado en función de un futuro mejor. Dicho de otra forma: la historia provee los propios materiales de su crítica, se convierte en la trascendencia de sí misma, en un rudimento de metahistoria.

20.º) Ante la tradición del arte aristocrático (sin orientación de los sentimientos, frío y reservado en sus formas de manifestación, con una actitud general de dignidad distante y estoica, reino del afecto callado, demostración de la fuerza en la dureza y la impassibilidad), el siglo XIII impone una literatura (y, en general, una cultura) de sesgo plebeyo, donde dominan el culto a la pasión y la devoción al sentimiento. Ernest Seillière habla de un temprano romanticismo.

El pueblo es antiestoico y sus desbordes sentimentales alcanzan, a veces, a los estamentos superiores. Rousseau recogerá esta herencia en su figura del «plebeyo amargo» (cf. la definición de Faguet).

21.º) Entre 1050 y 1200 Colin Morris (*The discovery of the individual*) sitúa la adquisición de la noción de individuo, a través de tareas concretas como el estudio de sí mismo, el del rol individual en la sociedad y las relaciones entre individuos.

22.º) En el siglo XIV empieza a desarrollarse la idea del Estado como una comunidad política abstracta de un pueblo o conjunto de pueblos. Marsilio de Padua, Guillermo de Occam y Felipe de Leyden lo advierten, no así los autores franceses, a pesar de la expansión de Francia sobre Borgoña.

Correlativa a esta noción de Estado, aparece la ya apuntada de Nación (unidad política de una comunidad asentada sobre un territorio y dotada de una cultura peculiar) y el afecto correlativo de afinidad y fidelidad: el patriotismo. Es una noción sentimental y protonacional que implica, en lo interno, la sumisión al buen príncipe que alimenta a sus súbditos y, en lo externo, la toma de partido nacional que es oposición beligerante a las demás comunidades nacionales.

23.º) Europa se integra en áreas (la romanogermánica, del centro a la periferia, y la normanda) a partir del siglo XI. El crecimiento del comercio urbano aumenta las rutas de comunicación y la posibilidad de confrontar culturas y de impregnar unas con otras. En las ciudades se perfecciona la vivienda (chimenea, ventana con vidrios, la vela de cera) creándose espacios para la lectura individual y recogida. Ésta gana importancia y se inventan las gafas de aumento para los lectores de débil vista. El dinero refuerza la noción de que hay medidas de valor suficientemente abstractas como para ser universales. Cruzados y mercaderes contactan con el Oriente. En el seno de la burguesía aparecen tendencias radicalmente antiseñoriles y tendencias patricias conservadoras.

24.º) La revolución burguesa en el interior del orden feudal crea una corriente de poder que emana de la ciudad hacia el entorno y expande una nueva cultura, hedonista y sentimental, que intenta sustituir el honor por la honradez. La vida social debe ser placentera y profana, y provee su propia crítica de costumbres. La burguesía es una clase, no un estamento, con movilidad vertical acusada, y empieza a saberlo, primero afectivamente (sentimiento de conjunto y de solidaridad), luego intelectualmente (conciencia de clase). El individualismo competitivo tiende a reemplazar la ética de la tradición y de la herencia de los valores que transmite la sangre.

25.º) Contacto de culturas, henchido de curiosidad y de respeto entre ellas, visible en la fundación de escuelas de traductores (reinos hispánicos, las Dos Sicilias). Estudio paralelo de las fuentes griegas, musulmanas y hebreas.

26.º) El caballero solitario de la novela de caballerías mezcla a los elementos ya citados (moral señoril en decadencia, esoterismo) la noción de la vida como aventura individual y como resultado de una praxis, opuesta a la noción de destino. Se vive para la vida (histórica) y se pone lo interior en el mundo, estudiándolo en ese espejo de la práctica. A la vez, admisión de la docta ignorancia proclamada por Nicolás de Cusa: quitada la revelación, el saber se presenta como infinito (campo sin fronteras previas, caída de las interdicciones a la facultad geométrica de la razón, que todo lo mide, lo estima y lo ordena) y la única certidumbre es que todo saber es conjetural.

27.º) Si bien ya se pueden encontrar burgueses en el años 835, en Milán, bajo la forma de mercaderes profesionales, la palabra sólo puede rastrearse en el años 1007, en